

CAMELLO POR EL OJO DE UNA AGUJA

Queridos diocesanos:

Después del encuentro de Jesús con el joven rico -y de la decepción que supuso encontramos esta afirmación sorprendente: “¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas! (...) Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios” (Mc 10, 23. 25). Ante esta afirmación, los discípulos reaccionaron diciendo: “entonces, ¿quién puede salvarse?”.

Como es obvio, la referencia al camello y la aguja es una hipérbole, muy del gusto del lenguaje del oriente. Hay quien dice que el ojo de una aguja era una puerta pequeña en el muro de la ciudad por la que podía pasar con cierta dificultad un camello si se le quitaba la carga, pero parece que la expresión original se refiere a una aguja de coser. Esta idea de un camello intentando pasar por una aguja de coser tiene un sabor de exageración oriental. Lo que quiere subrayar es la dificultad real de pretender compaginar el amor a Dios y el amor al dinero. Jesús lo dijo en varias ocasiones, divirtiéndose que no se podía servir a dos señores (cf. Mt 6, 24) y lamentándose por los ricos, porque ya tenían su consuelo (cf. Lc 6, 24).

Pero, ¿qué es lo que está mal en la riqueza? Resulta que el amor al dinero y a lo material puede embotar el corazón y cerrarlo a Dios. El amor sin control a la riqueza, nos hace egoístas e impide que elevemos la mirada a lo Alto. Cuando poseemos bienes, corremos el riesgo de creernos muy seguros y olvidamos a nuestro Creador.

Pero, además, ese amor desmedido al dinero nos hace incapaces de compartir los bienes con los demás, de ser solidarios con los otros. Un principio firme de la doctrina de la Iglesia es que “los bienes, aunque sean poseídos legítimamente, conservan siempre un destino universal. Toda forma de acumulación indebida es inmoral, porque se halla en abierta contradicción con el destino universal que Dios creador asignó a todos los bienes” (Compendio doctrina social, 328). Los Padres de la Iglesia insistían en que somos sólo administradores de unos bienes que Dios nos ha confiado para el disfrute de todos.

La experiencia nos dice también que los bienes de este mundo no sacian el corazón humano. Pueden engañarnos y dar apariencia de éxito y triunfo, pero en el fondo nos dejan vacíos e insatisfechos. Por su parte, el desapego de lo material, la generosidad con los otros, la austeridad de vida, abren camino hacia Dios y hacia los demás. Cuando Pedro le comenta al Señor que ellos lo han dejado todo, entonces Jesús le responde que también recibirán todo, “cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones—y en la edad futura, vida eterna” (Mc 10, 28). No tengamos miedo a darlo todo, porque Él se da por completo y desborda absolutamente todas nuestras expectativas.